

SOBRE VALOR Y PRECIO

Manfred Max-Neef
Universidad Austral de Chile

“Conocen el precio de todo, pero el valor de nada” decía Oscar Wilde, refiriéndose a quienes toman las grandes decisiones. Aquí también los conocemos y los hemos sufrido desde siempre. Sin embargo, pareciera que hoy se han superado ya que ahora no sólo no conocen el valor de nada, sino que tampoco conocen el precio. La economía como hoy se la enseña y se la practica, se ha convertido en cómplice de un mundo indeseable para las inmensas mayorías. Indeseable porque el valor fundamental en que se sustenta es la codicia, de tal manera que la acumulación es más importante que el bienestar, y la satisfacción inmediata está por encima de los derechos de futuras generaciones.

Hoy resulta justificable, en términos de precio, agredir nuestra naturaleza con la cicatriz antropogénica más larga del planeta: dos mil kilómetros para instalar tendidos eléctricos a través de algunos de los parajes más bellos del planeta. Cualesquiera alternativas – cables subterráneos, por ejemplo – se desechan por razones de precio. “Es demasiado caro”, se dice. De manera que lo malo es preferible a lo bueno y lo feo preferible a lo hermoso. El mercado sabe, los precios mandan y el ciudadano calla. Esa es la ley imperante, aún cuando muchos sabemos que los precios raras veces dicen la verdad.

La civilización humana ha culminado dos inmensas revoluciones: la revolución agraria y la revolución industrial. Hoy nos enfrentamos a una nueva: la revolución ambiental. La primera nos aseguró la alimentación, la segunda nos aseguró la disponibilidad de múltiples bienes y servicios, la tercera nos asegurará una relación armónica con una naturaleza hasta aquí despreciada y crecientemente devastada. Cada una de las revoluciones abrió incalculables oportunidades para que se expresara la creatividad humana en toda su magnitud. La revolución que nos espera nos depara las mismas posibilidades. El problema radica en que muchos de quienes toman o influyen en las grandes decisiones aún piensan que la preocupación por los temas ambientales corresponde a sentimentalismos y romanticismos, que son lujos que sólo podemos darnos una vez que nuestro ingreso sea lo suficientemente elevado. En otras palabras, el medio ambiente se interpreta como costo y no como beneficio. ¿Son válidos tales argumentos? Veamos.

Intentemos un muy compacto encuentro con un Chile imaginario. Se realiza una reforma tributaria de tal manera que dejan de tributar los bienes; es decir, la renta (el trabajo), y pasan a tributar los males; es decir, el consumo de combustibles fósiles, la polución, la generación de CO₂, la destrucción de habitat, y otros similares. Ese sólo cambio generará de inmediato investigación, inversión y producción en alternativas. Por ejemplo; energía eólica, energía solar y energía geotérmica. Surgirán inversiones que darán nuevas fuentes de empleo y surgirán nuevas profesiones: ingenieros eólicos, cartógrafos de vientos, técnicos en geotermia, etc., como ha sucedido ya en países como Dinamarca y Alemania, en que el empleo se ha elevado significativamente como resultado de una reforma tributaria

como la mencionada. Curiosamente la tradición tributaria nos castiga por trabajar y nos exige por contaminar y por destruir.

Chile es quizás el país del mundo mejor dotado de todas las alternativas viables. Siendo así, no podemos dejar de preguntarnos: ¿Por qué siempre más de lo mismo? ¿Por qué tanto miedo de aprovechar lo que con tanta generosidad la naturaleza nos ha regalado? ¿Por qué estar a la cola, en vez de estar en la cresta de la ola?